

cher, los anteriormente citados, varios cientos más (Eliot, Auden...) y Ernst Gombrich. En el panorama cultural inglés contemporáneo apenas si hay un par de auténticos británicos con **pedigree** (Russell y Leavis, por ejemplo). Y por si fuera poco, se trata de inmigrantes conservadores, lo que Anderson llama "emigración blanca", ya que la emigración roja eligió Francia o los EE. UU. Ante tan espléndido programa de chauvinismo, el desnudado sureño se frota las manos. Pero un minuto más tarde comprende la maquiavélica operación. No es que los ingleses sean un pueblo cazurro al que un grupo de esforzados centroeuropeos saca las castañas del fuego. Lo que sucede es que nos encontramos en el último reducto del antiguo régimen, en una sociedad ebria de ideología aristocrática fósil. Como no es elegante ser intelectual, los británicos alquilan artesanos de países pobres, del mismo modo que los príncipes renacentistas compraban pintores y arquitectos. ¡Admirable Anderson! Por lo menos, el ambicioso Gombrich queda reducido al papel de escriba, sentado y calvo, secretamente carcomido por un glorioso pasado de estepas heladas y patata hervida. Se comprende que pida una historia cultural más atenta al individuo: a él mismo, por ejemplo. ■ FELIX DE AZUA.

Cara y cruz del freudomarxismo

¿Es el freudomarxismo, como se ha dicho a veces, un híbrido imposible, una simple quimera teórica, una contradicción en sus términos? ¿O es, por el contrario, la síntesis fecunda y revolucionaria de dos economías: la economía política marxista y la economía libidinosa, que tiene su raíz en el psicoanálisis freudiano? Esto último, al menos, es lo que se propuso el fundador de esa corriente, Wilhelm Reich.

Negando su carácter de "ciencia burguesa" o "ciencia idealista", aunque pueda tener desviaciones idealistas, Reich definió el psicoanálisis como la ciencia que tiene por objeto "la estructura psíquica del hombre en cuanto ser social", dato este último de capital importancia. Ciertos principios freudianos básicos, como los antagonísticos de placer y de realidad, no podían, pues, tomarse como absolutos, sino que estaban en función de las transformaciones del modo social de existencia. Incluso el complejo de Edipo era un hecho

sociológicamente determinado y destinado a desaparecer cuando lo hiciese la familia patriarcal, que está en su base.

Al centrar así su análisis en las relaciones entre las estructuras sociales y las instintivas, Reich trataba de mostrar la dependencia recíproca entre la dominación y la represión sexual, y la influencia directa de ambas en la aparición de las neurosis. De ahí que para el autor de **La función del orgasmo**, la revolución social exigiese, como paso previo, la liberación de la sexualidad oprimida y la abolición del modelo de familia tradicional, cuya función era formar al individuo en la sumisión a la autoridad del Estado.

Naturalmente, las ideas de Reich despertaron auténtico entusiasmo en toda una generación que saltó a la lucha política en el transcurso de aquel movimiento juvenil antiautoritario y tremendamente imaginativo del que ahora se cumplen diez años. Ahora, apagado en parte aquel entusiasmo, parece haber llegado el momento de hacer un balance crítico de las aportaciones de Freud al conocimiento de los procesos sociales como de las neurosis individuales.

Tal es el sentido del librito que acaba de publicar Akal y que reúne tres breves trabajos de H. Dahmer, P. Frappier y J. M. Brohm (1). Si este último realiza, a lo largo de treinta y tantas páginas, una apasionada y virulenta defensa del freudomarxismo y no deja títere con cabeza entre los marxistas orto-

(1) Reich ante Marx y Freud. Akal Editor. Madrid, 1978. Del traductor se olvida, y con razón, el editor.

Wilhelm Reich.



Fernando Savater, Premio Mundo de ensayo

Nuestro colaborador Fernando Savater ha ganado el Premio Mundo de ensayo, dotado con medio millón de pesetas, por su libro **Panfleto contra el todo**. El Jurado estaba constituido por Juan Benet, Salvador Clotas, Jorge Edwards, Eduardo Haro Tecglen, Esteban Pinillas de las Heras, Jorge Semprún y Joan Guitart. En la votación final, el ganador obtuvo cinco votos y Ramón Tamames, que presentaba su libro *Este mundo en que vivimos, dos*.

Los otros premios Mundo (el Joan Estelrich, de novela, y el Manuel del Arco, de entrevistas) fueron concedidos, respectivamente, a Josep Miracle, por su obra *Caterina Alber i Paradis*, y a Rosa Montero. ■



doxos, los "telquellistas", los psicoanalistas de salón y "demás ralea", Dahmer y Frappier se muestran especialmente críticos con muchas de las tesis de Reich y no sólo las de su última etapa "orgónica", que prácticamente nadie defiende.

En primer lugar, señala Dahmer, su teoría de la primacía absoluta de lo genetal constituye un paso atrás respecto a uno de los descubrimientos básicos de Freud, como es el del carácter polimorfo del instinto sexual humano: la multiplicidad de las pulsiones parciales. En segundo lugar, Reich se ocupó cada vez más de la estructura biopática, marginando todo lo relativo a la representación. Olvidándose de la dimensión psicológica de las pulsiones, acabó reduciéndolas a su mera potencia energética.

Además, cuando Reich habla de dialéctica, la entiende a partir una dialéctica de la naturaleza tal y como se apunta en el último, y discutido, Engels, y se concreta luego de modo totalmente simplista en la obra filosófica de Stalin. La economía sexual se basaría en la aplicación del método dialéctico, tal y como se utiliza para el análisis

de la estructura del universo material, a los procesos sexuales.

Este tipo de "reducciones" se repiten en los trabajos de Reich sobre el fascismo, entre ellos, en su famosa *Psicología de masas...*, donde llega a establecer una especie de ecuación entre fascismo y mentalidad fascista. Según Reich, la mentalidad fascista es "la expresión políticamente organizada de la estructura caracterial del hombre medio", y en su origen está una sexualidad genetal largamente reprimida. Bastaría dar rienda suelta a esa sexualidad para que brotase en la masa una fuerza revolucionaria que acabaría con las estructuras sociales opresoras y con todas las neurosis que sufre hoy el proletariado como consecuencia de su doble miseria social y sexual.

Por otro lado, y al basarlo todo en la estructura caracterial de las masas y del líder, Reich minimiza, según Frappier, el factor político, igualmente importante, según demostró ya Marx en su lúcido análisis del 18 de brumario de Luis Bonaparte. Sin pretenderlo, Reich sucumbe por ello a un cierto

mecanicismo, todo lo complejo que se quiera, pero mecanicismo al fin y al cabo. Frappier denuncia también su incompreensión de la conciencia revolucionaria y de la radicalización política de las masas, y tacha de "utópica" la economía sexual porque no tiene suficientemente en cuenta esa dimensión política que hace que la conciencia inmediata de la propia miseria sexual pueda convertirse en conciencia de clase, revolucionaria.

Ninguno de esos reproches, acaso excesivamente severos, puede impedir que sigamos valorando la extraordinaria contribución de Freud al sacar el psicoanálisis del empolvado gabinete burgués para convertirlo en instrumento de liberación sexual y social de las masas oprimidas. ■ JOAQUIN RABAGO.

Un análisis de la inconsciencia ecológica

Hasta hace poco nos decían, desde el poder, que "vivíamos en el mejor de los mundos posi-

bles" y que "teníamos la suerte de ser españoles". Y la mayoría lo creía. Así, cuando el problema ecológico "llegó" a nuestro país este estúpido optimismo oficial se le hizo extensivo, y apenas nos dimos cuenta que nuestro aire se hacía irrespirable, que nuestros ríos eran cloacas, que nuestras ciudades eran inhabitables, y que nuestras especies más chovinísticamente glorificadas —lince, lobo, urogallo— podían extinguirse...

Hoy, en España, la preocupación por la Naturaleza sigue siendo algo minoritario. Ecológicos y estudiosos escasean y carecen de influencia. Ningún organismo se ocupa seriamente del medio ambiente, y no existe política gubernamental alguna digna de tal nombre. Ningún partido ha elaborado un programa u ofrece una alternativa ecológica válida; ni siquiera los progresistas, que apenas disimulan su mal humor por el "estorbo ecológico", que les impide concentrar totalmente su actividad en el aumento de salarios y en la política de partido —todo ello importante, pero parcial—. Al español medio no le interesa la Naturaleza, ni el medio, ciudad o pueblo en que vive...



Ante la inquietante panorámica, cualquier aportación, al tener que romper demasiados muros y superar infinitos tabúes, puede ser un acontecimiento, una verdadera acción heroica, sin duda, pero desmoralizante, fatigosa e irritante. Este es el caso de Carlos Carrasco, autor del libro que comentamos (1), fundador y presidente

(1) Introducción a una ecología política. Ediciones De la Torre. Madrid, 1977. Serie Vida. 238 páginas.

de AEORMA, con un fecundo historial ecologista.

Nos ofrece un libro irritado, polémico, de denuncia, en el que analiza el deterioro ecológico y sus repercusiones sobre los seres vivos, hombre incluido, demostrándonos las causas económicas, sociopolíticas e ideológicas, e indicando alternativas válidas.

Carrasco centra su crítica sobre todo en el problema nuclear, de tan profundas y ocultas raíces en España (y en otros países), al que dedica medio libro, mostrando y demostrando que las declaraciones tranquilizantes se deben a la ignorancia, al interés y a la mala fe.

Con gran coherencia, el autor va llevando su crítica hasta sus últimas consecuencias, buscando el origen ideológico, filosófico, de esta marcha hacia la autodestrucción. Denuncia la manipulación política de la ecología; el reformismo ecológico —cuando es necesaria una verdadera revolución— de los responsables de los países industrializados, capitalistas o socialistas; el culto a la tecnología, que no a la ciencia; los mitos del desarrollismo, del consumo, del cambio constante, del desequilibrio incesante; la huida ha-

ADIOS A LAS LETRAS

La amenaza del frigorífico

Los escritores escriben para huir del frío, para calentarse. Picasso, me decía Cela, cuando me lo encontraba de tertulia en el océano Atlántico, volviendo de México, quemaba sus cuadros para calentarse. Luego se instaló una calefacción que ya la hubiera querido para sí Miguel Angel, que también pasó un frío sextino.

Quemar los cuadros para destruir el frío del ambiente no es nuevo. Los pobres que no consiguen los beneficios del rastrillo queman los cuadros de la herencia para ir tirando hasta que llegue el frigorífico, donde van a vivir helados eternamente, aunque esa heladera ya no les importa.

Los escritores de hoy son más vanidosos. Guardan los libros como si fueran de seda argentina. Hay gente que podrá quemar sus libros y calentarse con ellos como si tuvieran a su disposición la mejor calefacción del mundo. Ahora no me voy a poner a dar títulos,

que no soy Miguel de Cervantes, pero cada lector podría iniciar una lista de sugerencias que podrían contribuir a darle al ambiente la calidez necesaria.

No comprendo cómo Manuel Barrios, el novelista sevillano, se queja de los propósitos de José Manuel Lara, el editor del Planeta. Resulta que Lara no le premia su libro, que decide con mucha antelación quién debe ganar los millones de su galardón y que le llama para decirle que guarde su "Río Quemado" para ocasión más propicia. Barrios no aguantó el chantaje y se quitó la pajarita. Ahora tiene los muebles en la calle. Se resiste a que Lara le quite el frigorífico.

Manuel Barrios ha hecho ahora un aspaviento con esto del frigorífico. Ha sido para desviar la atención. A los escritores andaluces de ahora no les importa el frigorífico, porque ellos no comen carne congelada, sino chanquetes, y los



Manuel Barrios.

mentos que anden ahora discutiendo en congreso lo que fue y debe ser la cultura andaluza. Antonio Gala no come chanquetes, simplemente, sino rabos de toro, u orejas de ternera, pero ninguna de ellas viene de frigorífico.

José Manuel Lara ha equivocado el tiro. A un escritor andaluz se le puede amenazar con quitarle los chanquetes, pero es imposible amedrentarle embargándole el frigorífico. Es como si Televisión le embargara ahora a Juan Cueto el televisor con el que ve los programas que no quiere ver. El nieto de Leopoldo Alas, el ovetense que escribe la crítica de televisión más lúcida del país, sería el hombre más feliz del mundo sin televisor. TVE debería embargárselo.

Manuel Barrios sería, sin frigorífico, el comedor de chanquetes más lúcido de nuestra Historia. Qué manía la de Lara esa de quitarle a la gente lo superfluo.

■ SILVESTRE CODAC.

chanquetes se reblandecen cuando prueban el frigorífico, que es un alimento mu malo.

José María Vaz de Soto, por ejemplo, jamás prueba un chanquete de frigorífico, que lo he visto yo de madrugada indignado porque el editor no le ha mandado los chanquetes del mes y él se tiene que conformar con el queso picón que inventan en la quesería.

Tampoco prueba chanquete de frigorífico el conglomerado de ele-